

LA VISITA

José L. Coy, S. J.

EN su Radiomensaje a los católicos franceses con motivo del 17 Congreso Eucarístico Nacional, celebrado en Lyon en el pasado mes de julio, decía S. S. Juan XXIII: "Permitid os confiemos todavía una sugerencia. Un Congreso Eucarístico es, en definitiva —aparte de la celebración solemnísimas de la Santa Misa y la Comunión general de los diversos grupos de fieles—, una larga y ferviente visita al Santísimo Sacramento. Porque, lo habréis observado lo mismo que nosotros, esta notable práctica de la vida cristiana, tan querida de las almas piadosas, que consiste en recogerse en silencio al pie del tabernáculo para allí llenar su alma de los dones de Dios, es hoy día demasiado olvidada. A algunos incluso, guiados por concesiones extrañas a la piedad tradicional, esta práctica les parece deliberadamente objeto de menor estima. Quisiéramos que todos los congresistas de Lyon volvieran a sus hogares persuadidos de la excelencia de esta práctica y deseosos de hacerla apreciar y amar de cuantos los rodean" (1).

Estas palabras del Pontífice y la conmemoración del Centenario del Santo Cura de Ars —a cuya figura venerable alude también el Papa en sus palabras— nos marcan la dirección que quisiéramos seguir en estas líneas.

El cura de Ars

Hace cien años moría en Ars Juan María Vianney. Había empezado su ta-

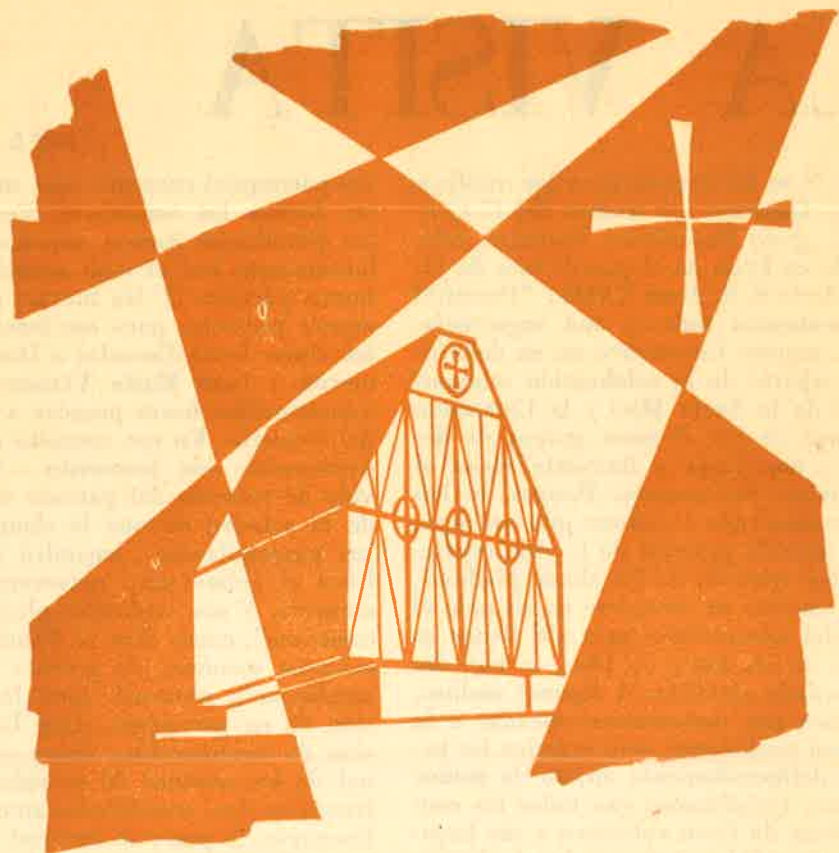
(1) Radiomensaje de S. S. Juan XXIII en la clausura del XVII Congreso Eucarístico Nacional, celebrado en Lyon en julio de 1959. Texto francés en *L'Osservatore Romano*, 6-7 julio de 1959. Texto español en *Ecclesia*, n. 940, 18 de julio 1959.

rea parroquial cuarenta años antes. Duros fueron los comienzos. Pero todas las dificultades fueron superadas paulatinamente por el celo apostólico del nuevo párroco. Y las fuerzas para esa espera paciente, para ese forcejeo con las almas hasta llevarlas a Dios, le vinieron a Juan María Vianney de las interminables horas pasadas a los pies del Sagrario. En ese contacto íntimo y permanente con Jesucristo —la única vida de relación del párroco en medio de la soledad en que le abandonaban sus parroquianos— encontró el Santo Cura el ánimo para perseverar en su empresa. Y sus "ardientes plegarias eucarísticas", como dice el Pontífice, obtuvieron raudales de gracia: para su santificación personal, para la conversión de su parroquia, para la conversión de innumerables almas que, al final de los caminos de su vida, encontraron en Ars, arrodillados ante un confesonario, la paz y la amistad de Dios.

Este ejemplo del Cura de Ars, eximio ciertamente, no es algo aislado. Su piedad eucarística, concretada en sus frecuentes y largas visitas al Santísimo, es la culminación de un desarrollo histórico en el cuerpo de la Iglesia. El mismo desarrollo que nos dará, al abrirse el siglo XX, el Decreto "Sacra Tridentina Synodus", de San Pío X, sobre la Comunión frecuente (2).

(2) Sobre las vicisitudes de la Comunión frecuente y, en general, para la historia de la piedad eucarística, puede verse en la Enciclopedia «Eucaristía» la Cuarta Parte, «Piedad eucarística. Historia y Dogma». «Eucaristía», Enciclopedia, publicada bajo la dirección de Maurice Brillant, y editada en español por Ediciones Desclée de Brouwer, Buenos Aires, 1949.

AL SANTISIMO



Algunas dificultades

Frente a esos ejemplos y frente a esa evolución, no han faltado espíritus fuertes que, en nombre de la historia de los dogmas y de la historia de la piedad, han querido poner cortapisas a esta manifestación de la piedad cristiana.

Son los que, en general, quisieran ver suprimidas todas las formas de culto privado, paralitúrgico, en orden a revalorizar todos los aspectos del culto público. La exclusividad de este culto, ahogado actualmente —dicen— por tantas devociones privadas, sería el medio ideal de hacer a los fieles plenamente conscientes de toda la significación del culto público de la Iglesia.

Otros arguyen desde el ángulo de la Iglesia primitiva: Debemos volver a las formas de culto de los primeros cris-

tianos, vitalmente enlazados con los apóstoles y sus sucesores. Los primeros siglos de cristianismo no conocieron esta práctica de visitar al Santísimo. Es, por tanto, algo desconectado de la genuina piedad tradicional.

Una primera respuesta

Estos argumentos, estas afirmaciones exigen una respuesta. Y vamos a darla precisamente desde sus mismas posiciones y con otra interpretación —más exacta, creemos, y más de acuerdo con el magisterio vivo de la Iglesia— de las fuentes históricas por ellos utilizadas.

En primer lugar, el hecho de que en otros tiempos no se conociera esta determinada forma de piedad eucarística, no es un argumento definitivo contra su

genuino espíritu cristiano. El cristianismo es algo inserto en la vida del hombre y susceptible de desarrollo en muchos aspectos. Y la historia y la práctica de mil años, bajo la dirección del Espíritu Santo, siempre presente en la Iglesia, tienen sus derechos incuestionables, aunque no coincidan al milímetro con la historia y la práctica de los mil años que las precedieron.

La piedad cristiana sufriría un rudo golpe si, ilusionados con un falso romanticismo por la Iglesia primitiva, quisiéramos suprimir a rajatabla los resultados del desarrollo vital de la piedad. Sólo la Iglesia jerárquica, a través de su magisterio auténtico, puede dictaminar sobre lo que es genuinamente cristiano, después de una madura reflexión sobre las estructuras fundamentales del cristianismo. Y al contrario, la presencia de una forma de piedad en un espacio histórico no implica, sin más, el que esa forma deba ser ensamblada, como esencial y permanente, en la estructura del cristianismo.

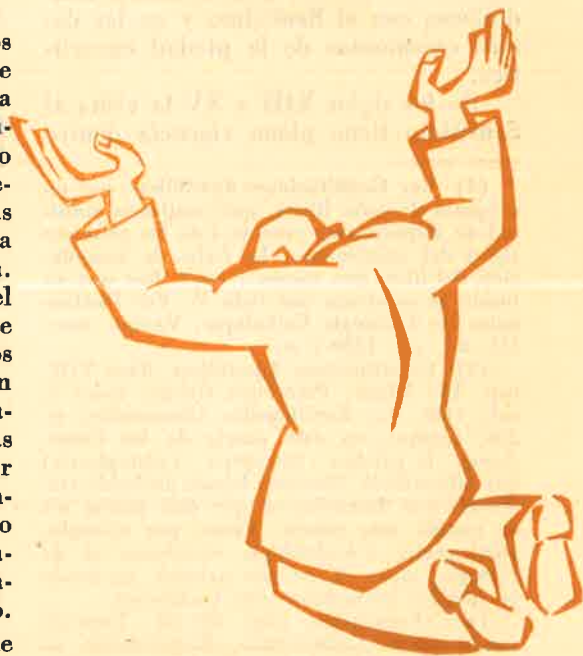
La iglesia primitiva

Es cierto que los primeros cristianos no conocieron esta práctica piadosa de visitar al Santísimo Sacramento. Esta práctica era imposible en aquellos tiempos, por la sencilla razón de que no existía el Sagrario tal como lo conocemos en nuestros días. Sin embargo, las hostias consagradas eran utilizadas, ya en los primeros siglos, fuera de la Misa. San Justino, en su Apología, hacia el año 150, nos dice que los diáconos se encargan de llevar la Eucaristía a los ausentes. Sabemos que la Comunión era también llevada por cristianos valientes a sus hermanos, presos en las cárceles y en espera de dar su vida por la fe. La Eucaristía era, incluso, conservada en las casas particulares y no era infrecuente que los viajeros llevaran consigo algunas formas consagradas para poder comulgar en el camino.

Estas costumbres primitivas, que podemos suponer sólidamente establecidas sobre el magisterio apostólico, nie-

gan de plano la tesis protestante, que no admite la posibilidad de la reserva eucarística. Los supuestos históricos de esta teoría —ausencia de la reserva de las especies sacramentales en los primeros siglos— sólo contienen una parte de verdad: se conservaban las especies sacramentales, pero solamente lo que se suponía habría de ser necesario para los enfermos (3). Además, la reserva de estas hostias consagradas no se hacía en las Iglesias, muy raras en aquel tiempo. Los sacerdotes las llevaban consigo para distribuirlas a los enfermos o se las confiaban a los cristianos. En estas circunstancias, es difícil saber cómo se comportaban los fieles con relación a la reserva del Sacramento. Sin embar-

(3) El canon 13 del Concilio de Nicea, primer Concilio ecuménico, celebrado el año 325, prescribe que se dé la Comunión a los moribundos. Prescripción que supone, claro, que después de la Misa se reservaba, para este fin, parte de la ofrenda consagrada. Véase DENZINGER, *Enchiridion Symbolorum*, n. 57; o la traducción española de esta obra, *El Magisterio de la Iglesia*, n. 57, Herder, Barcelona, 1955.



go, hechos posteriores, perfectamente comprobados, nos autorizan a suponer algunas formas incipientes de culto al Señor, presente en la Eucaristía.

Evolución posterior

Más tarde y progresivamente, la Santa Reserva fué rodeada de cuidados especiales. Las Constituciones Apostólicas (4) se refieren claramente a esta reserva del Santísimo, que se realizaba entonces en la sacristía y no en un Sagrario como los nuestros. "Cuando todos y todas hayan comulgado, los diáconos tomen lo que haya sobrado y llévenlo a la Sacristía" (5). Por fin, en el siglo IX aparece y se va generalizando lentamente el tabernáculo colocado en el altar mayor de las Iglesias (6).

De este hecho brotan espontáneamente la adoración del Sacramento, las visitas breves a lo largo del día. Y este culto del Santísimo Reservado, unido al deseo de ver la Sagrada Hostia y a la elevación en la Misa (también introducida en la Edad Media), desembocan lógicamente en las procesiones y bendiciones con el Santísimo y en las demás ceremonias de la piedad eucarística.

En los siglos XIII a XV la visita al Santísimo tiene plena vigencia dentro

(4) Las Constituciones Apostólicas son un conjunto de ocho libros, que contienen multitud de disposiciones canónicas de los primeros siglos del cristianismo. La fecha de compilación del libro que vamos a citar, hay que situarla al comienzo del siglo V. Ver Dictionnaire de Théologie Catholique, Vacant, tomo III, 2.^o, col. 1520 y ss.

(5) Constituciones Apostólicas, libro VIII, cap. 13; Migne, Patrología Griega, tomo I, col. 1109. La Enciclopedia «Eucaristía», p. 226, traduce, en este pasaje de las Const. Apost., la palabra *παστοφορία* (*pastophoria*) por tabernáculo. Nosotros hemos preferido traducirla por Sacristía, ya que éste parece ser el sentido más exacto. Véase, por ejemplo, Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie, tomo 13, en esta palabra, en donde se justifica plenamente esta traducción.

(6) «Eucaristía», págs. 226-231. También puede verse: Catholicisme, Encyclopédie en sept volumes, dirigée par G. Jacquemet, París, 1948, tomo IV, art. Eucharistie, col. 655-656.

de la Iglesia Católica y sabemos que muchos santos pasaban largas horas en adoración ante el Sagrario. La Reforma protestante, como ya hemos indicado, negó la legitimidad de esta evolución. Y el Concilio de Trento, en contestación directa a todas las tesis protestantes, reivindicó esta legitimidad de las diversas manifestaciones del culto eucarístico. Es más, declaró en términos precisos que es una herejía afirmar que Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios, presente en el Sacramento de la Eucaristía, no debe ser adorado; o que no debe ser venerado en una fiesta peculiar; o, finalmente, que no deben ser reservadas las especies sacramentales después de la Misa, sino que deben ser distribuidas inmediatamente a los presentes (7).

Razones teológicas

Estas enseñanzas del magisterio solemne de la Iglesia se basan en supuestos dogmáticos, que vamos a revisar brevemente. De este modo, completaremos nuestra respuesta a las dificultades que suelen proponerse contra la visita al Santísimo (8).

La razón última del sentido de la visita al Santísimo es la presencia real de Cristo en el Sacramento, unida al hecho de que Jesucristo, como Hijo de Dios, exige nuestra adoración aun estando oculto bajo las especies sacramentales.

Profundizando más todavía, podemos preguntarnos: Pero, ¿para qué está presente Jesucristo en la Eucaristía? ¿Está en el Sacramento para ser honrado y venerado por nosotros, o por alguna otra finalidad? Responde el Concilio de Trento: El Sacramento ha sido instituido por Cristo para ser comido (9), para que sea nuestro alimen-

(7) DENZINGER, o. c., ns. 888, 889.

(8) Sobre este mismo tema, puede leerse el interesante artículo de KARL RAHNER, «Ueber die Besuchung des Allerheiligsten», publicado en Geist und Leben, 32 (1959) p. 260-270, al que debemos más de una de nuestras ideas.

(9) DENZINGER, o. c., n. 878. Ver también Mt. 26, 26 y ss.

to. El Sacramento de la Eucaristía presenta, pues, un carácter primario y fundamental de comida, de alimento. Esta es la verdad capital, que nunca será bastante subrayada: Cristo es nuestro alimento y para serlo se ha quedado en la Eucaristía; por consiguiente, como alimento debe ser recibido por nosotros con una frecuencia y un deseo proporcionados a la necesidad ineludible que de El tenemos para nutrir la vida de nuestras almas. Esta afirmación del Tridentino no puede por menos de ser una resonancia exacta de

las palabras de Cristo: Tomad y comed, éste es mi Cuerpo (10).

Esta finalidad primordial no agota todo el contenido del Sacramento. Cristo, presente en la Eucaristía para ser nuestro alimento, es infinitamente digno de nuestra adoración. El magisterio de la Iglesia, por medio del mismo Concilio, no sólo no considera esta finalidad como exclusiva, sino que declara como absolutamente ajenos al espíritu del Cristianismo a los que rechazan las

(10) Mt 26, 26.

SAN ATANASIO DE ALEJANDRIA

(295-373)

Es una de las figuras más representativas de la vitalidad y sabiduría divina de la Iglesia, en sus prolongadas luchas contra el arrianismo. Asiste el 325 en Nicea —diácono aún—, en calidad de secretario de su obispo Alejandro, al cual sucede tres años más tarde.

Desde que es creado patriarca de Alejandría, comienza para Atanasio una verdadera lucha a vida o muerte con los arrianos que, en sus diversas alternativas de privanza imperial, consiguieron arrojarle de su sede cinco veces, con un total de diecisiete años de destierro (varias veces tuvo que escapar de una muerte segura). Sólo en 366 pudo conseguir la paz, consagrando sus últimos siete años de vida al trabajo pastoral.

San Atanasio es admirable, no sólo como teólogo profundo y seguro, sino además como hombre, como encarnación-tipo del cristiano, que debe ser ante todo un corazón joven— “nueva creación”, según S. Pablo, 2 Cor. 5. 17— al que las constantes dificultades ni achican ni amargan. Buen elogio suyo son, aparte sus numerosos escritos apologético-dogmáticos, su constancia de mártir en tantas persecuciones, y el gesto sencillamente paternal con que recibió de nuevo en la Iglesia a los pródigos arrepentidos, en el sínodo de Alejandría, el año 362.

CRISTO-IGLESIA

“Protégeme, Señor, pues he esperado en Tí”.

Habla así (Cristo) a Dios su Padre como personificando en sí a toda la humanidad; no tanto por sí cuanto por nosotros y en favor nuestro, ya que, según el plan de salvación, era él uno de nosotros. Y llama Señor al Padre, porque vino en calidad de siervo. Pide además que lo proteja, por causa de la Iglesia que es su carne. Porque carne de Cristo es la Iglesia, para la cual pide protección. Por eso puede muy bien atribuirse dicha protección a su propia persona.

(Exposición del salmo XV, v. 1; MG 27, 100-101)

diversas formas de la piedad eucarística (11).

En fin, las palabras con las que Cristo instituyó este Sacramento —“Éste es mi Cuerpo, ésta es mi sangre”— (12) se refieren, de acuerdo con las exigencias de una cuidada exégesis, al Señor con todos sus constitutivos espirituales y corporales. Con su Cuerpo y con su Sangre está la Persona viviente de Jesús. El nos es dado en el Sacramento. El se nos entrega, en toda su plenitud, como alimento. Por tanto, la adoración es totalmente legítima, porque no nos encontramos con una cosa para alimento, sino con el mismo Señor. Y todos los actos que realizamos al encontrarnos con la Persona divina de Jesucristo encuentran su razón de ser también en el texto evangélico.

El sacrificio de Cristo

En la institución de este Sacramento Jesucristo afirmó que su Cuerpo y su Sangre eran entregados por la redención del mundo. Y encargó a los apóstoles que repitieran ese mismo sacrificio en recuerdo suyo. La Santa Misa es la renovación del Sacrificio, pedida por Cristo. Y el Sacramento del altar es el signo sacramental de la muerte de Cristo por nuestra salvación. Por esto, la visita al Santísimo es la presencia del hombre, transida de amor y gratitud, a la muerte redentora de Cristo en su forma sacramental. Desde un punto de vista subjetivo, la visita es también la continuación de la Santa Misa y un anticipo de la Comunión futura.

Está en el ambiente la importancia cardinal que, en el culto de la Iglesia, tiene la Santa Misa, y la influencia decisiva que en la santificación personal

(11) DENZINGER, o. c., n. 888. Además, la moderna legislación de la Iglesia prescribe a los clérigos la visita diaria al Santísimo (canon 125 del Código de Derecho Canónico); manda a los que se ocupan de la formación religiosa de los fieles que les exhorten a visitar frecuentemente al Santísimo (can. 1273), etc.

(12) Mt. 1. c.

del hombre ejerce la Comunión. La visita al Santísimo, como presencia del hombre al sacrificio redentor de Cristo y como anuncio y preparación de la comunión, está llamada a ser durante el día el desdoblamiento de estas fuentes de gracia.

El adorador del Santísimo puede recordar también que se encuentra ante el símbolo de la unidad de la Iglesia. Según Trento, este Sacramento es el símbolo de aquella unidad y caridad, con las cuales quiso Cristo que estuvieran unidos entre sí todos los cristianos (13). Es el símbolo de un solo cuerpo, del cual El es la cabeza (14). En la visita nos encontramos, pues, ante el Sacramento de la unidad y de la visibilidad de la Iglesia, a través de la cual somos hechos partícipes de los frutos de la Redención (15). Este punto de vista, rectamente comprendido, es la mejor respuesta a los que pretenden que la visita es una ocasión de acentuar el individualismo religioso. Para un cristiano de piedad bien formada, la visita al Santísimo debe ser, por el contrario, un ahondar en la realización de su pertenencia a la Iglesia y de su unión con los demás miembros del Cuerpo Místico, un salir de sí mismo para correr en busca de las necesidades ajenas. Y su oración eucarística será una oración por la consolidación de esa unidad, según el deseo del Señor: “Ut omnes unum sint” (16). Se convertirá, en definitiva, en oración apostólica en su sentido más serio y profundo.

Conclusión

No hemos pretendido ignorar, en estas líneas, que Cristo vive habitualmente en el alma del cristiano en gracia, aunque no con una presencia corporal, sino en cuanto Dios. Es claro

(13) DENZINGER, o. c., n. 875.

(14) DENZINGER, o. c., n. 875.

(15) Véase Catholicisme, ya citada, tomo IV, art. Eucharistie, col. 645 y ss.

(16) Joan. 17, 21.

que, desde este punto de vista, el cristiano no tiene necesidad de la visita al Santísimo para encontrarse con Cristo. Pero plenamente conscientes de esta verdad soberana, hemos querido, en esta ocasión, ser un eco modestísimo del Santo Padre y contribuir, con la fundamentación teológica e histórica de esta práctica, a que muchos cristianos sigan el ejemplo sorprendente del Cura de Ars. Juan María Vianney se hubiera

extrañado si hubiéramos pretendido demostrarle teológicamente lo que su corazón sabía desde mucho antes. Pero para el hombre de la calle, para el cristiano alejado del Cura de Ars, puede ser interesante repensar, una vez más, que en la adoración del Santísimo se encuentra con la Persona del Señor. Y que siempre tiene abierta la posibilidad de relacionarse con el Señor viviente en fe, amor y adoración.

